



Departamento de Lengua y Literatura

SELECCIÓN DE TEXTOS DRAMÁTICOS

ISPM



Don Anacleto avaro
Veraneando en Zapallar
El delantal blanco



Departamento de Lengua y Literatura

Don Anacleto avaro

Isidora Aguirre

Personajes:

- Anacleto
- Mariquita (*Su empleada*)
- El Notario
- Don Pedro
- Juana (*Mujer de Pedro*)
- Juan Malulo

ACTO ÚNICO

La acción tiene lugar en la casa de don Anacleto. Hay una ventana al fondo. La entrada es por un costado. Se escuchan afuera pregones del manicero y del que vende mote con huesillos, y una melodía del organillero. Don Anacleto lee el diario en un sillón.

Anacleto: ¡Mariquita! ¡Mariquita!

Mariquita: (*Entrando*) ¿don Anacleto?

Anacleto: Dale un peso al organillero y compra maní. **Mariquita:** ¡No nos queda ni un solo peso, don Anacleto! **Anacleto:** Bueno. ¡Sigue con tus quehaceres, entonces!

Sale Mariquita. Se escuchan golpes en la puerta.

Anacleto: ¡Mariquita! (*Ella entra*), asómate a ver quién está golpeando.

Mariquita: (*Mirando Por la ventana*) ¡Ave María! Es un señor desconocido, vestido de negro de abajo arriba

Anacleto: Abre la puerta.

Mariquita: (*Lo hace. Entra el Notario, ella va hacia Anacleto y dice*). ¡Le abrí!

Anacleto: Pregúntale quién es.

Mariquita: (*Al Notario*). Pregunta don Anacleto que, quién es.

Notario: (*Carraspea*). Soy el honorable Notario de este pueblo.

(Ella se desplaza rápidamente con pasitos cortos de uno a otro)

Mariquita: Dice que es el honorable Notario de este pueblo.

Anacleto: Pregúntale que, qué se le ofrece.

Mariquita: (*Al Notario*) Pregunta que, qué se le ofrece.

Notario: Vengo a darle una buena noticia y una mala noticia.

Mariquita: (*Va hacia Anacleto*). Viene a darle una buena noticia y una mala noticia.

Anacleto: Dile que me dé la buena noticia y se guarde la mala noticia.

Mariquita: (*Al Notario*). Dice que le dé la buena noticia y se guarde la mala noticia.

Notario: Pregúntele si puedo hablar directamente con él.

Mariquita: (*A Anacleto*). Pregunta si puede hablar directamente con usted.

Anacleto: Dile que eres mi empleada de confianza y te pago, para que me sirvas.

Mariquita: Dice que soy su empleada de confianza y que me paga para le sirva, aunque la verdad, señor Notario, es que me debe 33 meses de sueldo y si la cosa sigue así, me voy a retirar en marzo.

Anacleto: Cállate y vete, sírvenos helados.

Mariquita: No hay helados, señor.

Anacleto: Entonces, limonada.

Mariquita: No hay limonada, señor.

Anacleto: Entonces, déjanos solos, que tengo que hablar con el señor.

Mariquita: Esta bien, señor. Me retiro. (*Sale*)

Anacleto: Y bien, señor Notario, ¿cuál es la buena noticia?



Departamento de Lengua y Literatura

Notario: Lo siento, señor, pero para respetar el orden de los acontecimientos, tengo que darle primero la mala noticia.

Anacleto: Bueno, dígala, entonces. Lo más rápidamente posible porque me desagradan las malas noticias.

Notario: *(Habla tan aceleradamente que no se le entiende).* El lunes 30 de abril, a las 10 horas, 30 minutos, 5 segundos, falleció en la localidad de Ruri Ruri un tío político de usted, avaro de profesión, millonario y sin descendientes, de un ataque general a la salud del cuerpo humano.

Anacleto: Muy mala noticia, señor, pero ¿podría repetirla más lentamente?

El Notario repite lo mismo pero en forma que se entienda.

Anacleto: En efecto, mala noticia. Que descanse en paz el pobre tipo. Y que Dios lo tenga en su gloria. ¿Dónde dice que falleció?

Notario: En la localidad de Ruri Ruri.

Anacleto: ¿Dónde queda eso?

Notario: Diez kilómetros al Norte.

Anacleto: ¿Al Norte de qué?

Notario: No me informaron.

Anacleto: Ah. Y ahora, diga señor Notario, cual es la buena noticia.

Notario: Como su tío político, avaro y millonario no tenía descendientes en línea directa y consanguínea, usted don Anacleto, resulta ser heredero indirecto y sanguíneo, y recibe una bolsa que contiene varios millones de pesos. *(Le pasa una bolsa).* En dinero contante y sonante. *(Agita la bolsa para que suene).* He dicho

Anacleto: *(La recibe)* Ah, ah. *(Con reacción tardía).* ¿Co-co como dijo? *(Palpa la bolsa).* Este que, este que, este que... ¿millones, señor Notario? ¡Es demasiado para mí! *(Cae desmayado)*

Notario: ¡Empleada! ¡Empleada!

Mariquita: *(Entrando)* ¿Qué se ha imaginado? No soy perro para que me llame de ese modo. Me llamo Mariquita. *(Ve a Anacleto, lo toca).* ¡Ave María! ¡Está difunto! *(Llora)*

Notario: No. Sólo es un desmayo.

Mariquita: ¡Asesino! Usted lo ha matado con la mala noticia.

Notario: Por el contrario, la mala noticia le cayó bien, fue con la buena noticia.

Anacleto: *(volviendo del desmayo)* Mariquita... ¡mi bolsa! *(La busca, la encuentra).* Mariquita ¡soy millonario! Qué digo... ¡multimultimultimillonario!

Notario: Y yo, habiendo cumplido con mi honorable misión, tengo a bien retirarme. *(Como Anacleto y Mariquita se abrazan eufóricos sin prestarle atención, sale)*

Anacleto: ¿Te das cuenta, Mariquita? Acabo de heredar millones en dinero contante y sonante... Compraremos un automóvil, que digo... ¡un tren! No, un buque... qué digo... ¡un castillo!... ¡Un país entero!

Mariquita: Sí, don Anacleto, pero no lo grite tan fuerte que puedan oírlo.

Anacleto: Y ¿qué importa que oigan?

Mariquita: Si se corre la voz por el pueblo, vendrán a pedirle dinero para esto y lo otro. A pedir prestado, pedir regalado, la gente es así, don Anacleto... y ¡se quedará usted en la calle en un santiamén!

Anacleto: Tienes toda la razón, Mariquita. No deben saberlo. Nadie debe saberlo. Ah... pero lo sabe el notario y lo contará. Hmmm. Debo comprar su silencio. Eso es, le daré dinero para no lo cuente a nadie. Va a buscarlo, Mariquita.

Sale Mariquita y se la oye gritar: “Señor Notario, señor Notario”

Anacleto: *(Solo)* Los buques están pasados de moda, compraré un submarino y un avión a chorro. Claro que eso ha de costar carísimo... creo que me contentaré con un buen automóvil. Un “Mercedes Benz” *(Reflexiona un instante).* No, no, es mucho gasto. Un Ford me servirá lo mismo. Hay que ahorrar un poco por millonario que uno sea. Y, pensándolo bien, si compro un auto voy a tener que pagarle a un chofer, y piden un sueldo muy subido,



Departamento de Lengua y Literatura

más con lo exigente que están ahora, no, pensándolo bien, decía, conviene más no comprar auto y usar los taxis. Es bastante más cómodo. Sólo que se acostumbra uno y toma taxi a cada rato. Y eso ¡es la ruina! Lo más práctico es caminar, es un excelente ejercicio, digo para la salud... y ahorra uno en médico y medicinas. Claro que caminar tiene su pequeño inconveniente, se gastan mucho los zapatos, y con lo caro que están pidiendo para ponerles “media suela”, que le llaman... No. Decididamente, si deseo conservar este dinerito, lo más inteligente es quedarse en casa, sentadito en mi sillón. Y para lo que necesite, mando a la Mariquita... ¿A propósito?, ¿por qué no vuelve? Necesito comprar el silencio del Notario, ese gasto no lo puedo evitar. No porque uno hereda unos cuantos millones hay que empezar a gastar como loco. ¡No, señor! *(Entra Mariquita seguida del Notario)*. ¡Ah! Ya regresa...

Señor Notario, tengo una proposición que hacerle.

Notario: Lo escucho don Anacleto.

Anacleto: Es imprescindible mantener en secreto esto de mi herencia, los milloncitos... De modo que... ¡compro su silencio!

Notario: Ofrezca.

Anacleto: Pida usted.

Notario: No, usted, don Anacleto.

Anacleto: Usted, señor Notario.

Notario: Diez mil pesos.

Anacleto: ¡Ni muerto!

Notario: Nueve mil novecientos noventa y nueve...

Anacleto: Eso me parece más razonable, pero aún me parece demasiado.

Notario: Ofrezca usted.

Anacleto: Mil pesos... quiero decir, cien... mejor, diez pesos.

Notario: *(Indignado)* ¿Diez pesos? ¿Qué quiere que haga con diez pesos?

Anacleto: Puede usted comprar diez cosas de a peso.

Notario: ¡No hay nada que se pueda comprar por un peso!

Anacleto: Está bien: ¡cien pesos! Y ni una palabra más.

Notario: De acuerdo. *(Aparte a Mariquita)*. Este se volvió podrido de avaro.

Anacleto: Entonces ¿jura usted no contar a nadie que soy millonario?

Notario: Juro.

Anacleto: ¡a nadie! ¡Ni siquiera a mí mismo!

Notario: Ni siquiera a usted mismo.

Anacleto: ¿Ni a usted mismo?

Notario: Ni a mí mismo.

Anacleto: Bravo. Trato hecho. Queda comprometido por el juramento.

Notario: Y... ¿el dinero?

Anacleto: ¿Qué dinero?

Notario: Iba usted a comprar mi silencio.

Anacleto: ¡Ja ja ja! ¿Oíste, Mariquita? ¿Yo, comprar algo tan inútil como el silencio? No se ve, no se toca, no se oye... ja, ja, ja, ¿por quién me toma?

Notario: ¡Deme ese dinero!

Anacleto: No tengo dinero. Soy pobrísimo ¿verdad, Mariquita?

Notario: Acaba de ser usted multimillonario. Se queja de pobreza, ¡y tiene millones, millones!

Anacleto: ¿Oíste, mariquita? Lo ha dicho a gritos. Juró no decirlo a nadie, ni siquiera a sí mismo.

(Avanza, furioso, hacia él) ¡Devuélvame mi dinero!

Notario: ¿Cuál Dinero?

Anacleto: Los cien pesos con que compré su silencio.

Notario: Dijo que lo iba a comprar, pero me dio nada.

Anacleto: Lo dije, y la palabra de un hombre honrado vale tanto como el dinero, de un hombre honrado. Me da usted ese dinero o lo denuncio.

Notario: ¡Pillo, sinvergüenza, infame...! *(Le pasa dinero)*

¡Tome!, ¡Pero le advierto que esto es un robo!

Mariquita: Don Anacleto, usted no puede hacer eso, no está bien.



Departamento de Lengua y Literatura

Notario: ¡Déjelo! Que se pudra con su dinero. Ha obrado la brujería fatal de los millones. Ha de saber usted, que su tío sufría de una horrible enfermedad.

Anacleto: ¿Qué enfermedad?

Notario: Por las noches tenía sudores fríos y de día sudores cálidos. Constantemente lo asediaban terrores matutinos y alucinaciones vespertinas, porque temblaba sin cesar ante la sola idea de que le pidieran, le robaran, le quitaron un peso de sus adorados milloncitos. Temblaba ante la idea de enfermarse y tener que gastar en médico. No tenía automóvil para no gastar en chofer o bencina, no caminaba para no gastar la suela de sus zapatos...

Anacleto: *(Que ha empezado a temblar al escuchar al Notario).* Mariquita... creo que estoy enfermo...

Mariquita: ¡Jesús! Voy a buscar un doctor...

Anacleto: ¡No! ¿Estás loca? Piden carísimo por una consulta. Mariquita... ¡tengo sudores fríos y calientes!

Notario: ¿Y sabe usted cómo se llama esa enfermedad que aquejaba a su honorable y despreciable tío? Se llama avaricia... Y ahora la ha contraído usted. Esto dicho, me retiro. *(Sale)*

Anacleto: ¿Yo, he contraído una enfermedad? ¿Oíste, Mariquita?

Mariquita: Don Anacleto, ¡tire lejos ese dinero antes que le traiga desgracia!

Anacleto: Jamás. *(Abraza la bolsa de dinero).* Jamás de los jamases... Mis milloncitos. *(Besa la bolsa) (Con temor, escuchando) Shhht... (Va a la ventana y le hace señas para que se acerque).* Escucha, Mariquita... es la voz del Notario...

Voz del Notario: ¡Oigan todos los de este pueblo! Don Anacleto acaba de heredar millones, gran cantidad de millones... Oigan todos, ¡don Anacleto se ha vuelto millonario, no, multimillonario, millones de todos colores y de todos los tamaños!

Anacleto: ¡Infame! ¡Maldito Notario! Ahora llegarán aquí todos a pedir. Mariquita, anda y diles que es mentira que soy pobre como una rata.

Mariquita: Lo haré, don Anacleto, pero primero págüeme los 33 meses que me debe por mis abnegados servicios.

Anacleto: Nunca me habías cobrado un centavo, Mariquita. Nunca recuerdo haberte pagado.

Mariquita: No me pagaba porque era pobre.

Anacleto: Y ahora no te pago porque soy rico, y los ricos deben ahorrar para seguir siendo ricos.

Mariquita: ¡Avaro!

Anacleto: ¡Vete!

Mariquita: ¡Me voy! *(Sale, regresa en el acto, amenazante)* Pero ¡le va a pesar, le va a pesar! *(Se retira)*

Anacleto: Una boca menos que alimentar. Ja, ja, ja... Y ahora, tengo que buscar la manera de alejar de aquí a los “pedigüeños”. Necesito un consejo. Hay una sola persona en este pueblo que da consejos gratuitamente, Juan Malulo. Lo llamaré por teléfono. *(Toma el fono).* Aló... ¿Estás en casa Juan Malulo? Necesito un consejo...

(Al colgar se presenta entre humos, Juan Malulo, el diablo, de rojo y con cola.)

Anacleto: ¡Hombre! Siempre me asustas. ¿En qué vehículo viajas para llegar tan pronto?

Juan Malulo: En el del interés: me interesa atender cuanto antes a mi clientela

Anacleto: Tienes que darme un consejo, Juan Malulo.

Juan Malulo: ¿De qué se trata? ¿Hay que perjudicar a alguien de este pueblo? Es fácil, a todos les conozco sus debilidades, y sé cómo hacerlos rabiar...

Anacleto: No, no. Escucha: desde hace una hora soy millonario

Juan Malulo: ¡Me parece espléndido!



Departamento de Lengua y Literatura

Anacleto: Pero no te daré ni un centavo por el consejo.

Juan Malulo: Así no dejarás de ser millonario.

Anacleto: Tú me comprendes, Juanito (*Lo va a abrazar, se retira asustado, soplando sobre sus ropas*). Oye, ¡quemas!

Juan Malulo: (*Ríe*) Sí, un poquito...Y bien, ¿de qué se trata el consejo?

Anacleto: Necesito librarme de los pedigüños. Vendrán todos a pedir dinero porque el Notario proclamó por el pueblo que recibí una herencia de millones.

Juan Malulo: Te voy a hacer una magia nueva, que acabo de aprender. Saca la lengua.

Anacleto: Ah. (*La saca mientras dice con dificultad*) ¿La tengo “sucía”?

Juan Malulo: Silencio. Mantén la lengua afuera mientras te hago la magia.

Anacleto: (*Hablando con dificultad*). ¿No ves que la tengo afuera?

Juan Malulo: ¡No hables porque la lengua se entra!

Anacleto: (*Con dificultad, tratando de mantener la lengua afuera*). Bueno, me callo. Hablo.

Juan Malulo: ¡Digo que no hables!

Anacleto: Bueno ¡no hablo!

Juan Malulo: (*Desesperado*) ¡Silencio! (*espera un momento y al ver que Anacleto mantiene la lengua afuera y guarda silencio, hace unos pases con sus manos por sobre la lengua, diciendo a modo de cábala*). “Roñonio trifolati al crostino...” lengua recibe esta magia: ¡repetirás siempre lo último que escuchen los oídos de tu dueño! ¡Listo!

Anacleto: ¡Listo!

Juan Malulo: Ya está obrando la magia. Quieras o no, tendrás que repetir siempre.

Anacleto: Siempre...

Juan Malulo: ¡Siempre!

Anacleto: Siempre...

Juan Malulo: Siempre... Vaya, qué idiota soy, me olvidaba que repites por la

magia que te acabo de hacer. Ja, ja, ja. Hasta luego. (*Se retira con un salto y sale humo*)

Anacleto: Luego. Qué magia tan rara, ¿Para qué servirá? Servirá. Ja, ja, sin querer repito lo que yo mismo digo. Digo. Oigo golpear la puerta... puerta (*Va a la ventana*). ¿Quién será...? ¿Será? El primer pedigüño, don Pedro, viejo pillo. Pero no me sacará ni un cinco... cinco.

(*Va a abrir la puerta, entra un campesino, don Pedro*)

Don Pedro: Buenas tardes, pues...

Anacleto: Tarde, pues.

Don Pedro: ¿Cómo que “tarde”? (*Al público*). A lo mejor ya se lo pidieron todo... (*A él*) Oiga, compadrito, ya que usted tiene tan buen corazón, yo venía a pedirle que me saque de un apuro bien grande...

Anacleto: ¡Bien grande!

Don Pedro: Bien grande...

Anacleto: Bien grande.

Don Pedro: (*Hacia público*) Se le pegó el disco al compadre. (*A él*) Oiga, don Anacletito. ¿Por qué le ha dado por repetir?

Anacleto: Por repetir.

Don Pedro: Bueno, si es su gusto, cada cual es dueño... Como le decía, vine para que me saque de un apuro y cuento...

Anacleto: ¡Puro Cuento!

Don Pedro: No, compadre, no es puro cuento, déjeme terminar, digo que estoy en apuros y “cuento con su merced”, que tiene tan buen corazón, para que me ayude. Porque he sabido que usted es muy rico.

Anacleto: Muy rico...

Don Pedro: Y resulta que la Juana, mi mujer y yo, no tenemos ni para pagar el médico...



Departamento de Lengua y Literatura

Anacleto: ¿El médico?

Don Pedro: Sí, pues, porque a la Juana se le enfermó su abuela...

Anacleto: *(con tono de insulto)* ¡Su abuela!

Don Pedro: Oiga, Don Anacleto no es broma...

Anacleto: *(Contento)* ¡Es broma!

Don Pedro: Epa, no se burle de la desgracia ajena. Como decía, la abuelita de la Juana está enferma y la pobre lo único que tiene para ver si mejora es agüita de albahaca...

Anacleto: *(tono de insulto)* ¡Vaca!

Don Pedro: Oiga, qué se cree... despacito por las piedras, no me venga con insultos, mire que yo ligerito me aburro...

Anacleto: ¡Burro!

Don Pedro: Hasta aquí no más le aguanto, compadre, pero ¡más, no!

Anacleto: ¡Asno! *(A público)* Ja, ja, está haciendo efecto la magia, magia.

Don Pedro: *(A público, rabioso)* ¿Y a este viejo qué le pasa? *(A él, zalamero)* Oiga, compadre ¿qué se tragó un zoológico?

Anacleto: Lógico.

Don Pedro: *(al público)* Este viejo es rico y yo necesito dinero, así es que tendré que ser paciente y hablarle con buen modo aunque me insulte. *(A él)* Sabía, don Anacleto que las personas generosas son agradables a Dios

Anacleto: ¡Adiós! *(Se restriega las manos, contento)*

Don Pedro: ¿Cómo? ¿Me está echando a la calle?

Anacleto: ¡A la calle!

Don Pedro: ¡Me las pagará muy caro! Se lo cuento a la Juana que es una mujer de armas tomar. ¡Verá usted lo que es bueno!

Anacleto: Bueno. *(Va hacia la puerta)*

Don Pedro: *(Furioso)* ¡No respondo por lo que le pase!

Anacleto: ¡Pase! *(Abre la puerta y le indica que pase con el gesto. Don Pedro sale, indignado, Anacleto ríe, contento)* Ja, ja, já... Resultó excelente la magia... la magia. *(Se escuchan golpes en la puerta)*. Esa debe ser la Juana,

su mujer que viene a pedirme cuentas por el trato que le di al compadre... compadre... Pero obrará la magia... la magia. *(Le abre)*

Juana: *(Entrando con una escoba, amenazante)* Ah, ¡aquí está! ¡Se atrevió a llamar “vaca”, “burro” y otros animales a mi marido en lugar de ayudarlo! Sepa usted que nadie más que yo tiene derecho a insultarlo. ¡De modo que me va a pedir perdón en el acto!

Anacleto: En el acto.

Juana: Bueno, hágalo, entonces. ¿O quiere que le pegue?

Anacleto: Pegue... *(Ella le pega, persiguiéndolo por el cuarto a escobazos)*. Socorro, socorro, fue culpa de la magia... magia

Juana: ¡Qué magia! Vaya tipo raro. Ya, ya, pida perdón, ¿o quiere que le siga pegando?

Anacleto: *(Afligido)* Siga pegando... *(Para sí, murmura)*. Maldita magia... magia.

Juana: Miren qué gustito tan raro. Bueno, para mí es un placer. ¿Más?

Anacleto: ¡Más! *(Recibe más escobazos)*

Juana: ¿Más?

Anacleto: Más... *(Se cubre la boca a dos manos)*

Juana: *(Al público)*. Divertido el viejo. ¡Le encanta que le peguen! *(Al pegarle se le cae a Anacleto la bolsa)*. ¿Y esto qué es? Parece que es dinero...

Anacleto: Es dinero...

Juana: Caramba. Y se diría que es muchísimo dinero...

Anacleto: Muchísimo dinero.

Juana: y... ¿es suyo?

Anacleto: *(Con intenso dolor)* Es suyo...

Juana: Pero compadrito, no me diga, ¿está seguro? Yo creo que es suyo.

Anacleto: Es suyo *(lo dice con una voz llorosa)*

Juana: Pero ¡qué suerte la mía! Tantísimo que necesitaba dinero. Pero no se estará burlando... A ver, repita que este dinero es un regalo.

Anacleto: *(Idéntico)*. Es un regalo... *(Llora)*



Departamento de Lengua y Literatura

Juana: ¿De veras?

Anacleto: De veras.

Juana: No lo puedo creer... ¿Así es que todo este dinero es mío?

Anacleto: ¡Es mío! ¡Es mío! *(Deja de llorar, salta de gusto)*. ¡Me salvé, me salvé!

Juana: ¿Cómo que suyo? Si me lo acaba de regalar, pues, compadre. Supongo que es una broma.

Anacleto: *(Sufre de nuevo)* Una broma, una broma...

Juana: ¡Qué alivio! Creí que se había arrepentido. Oiga, ¿me lo regala todo?

Anacleto: Todo...

Juana: En serio, ¿todito?

Anacleto: *(Lloroso)* Todito...

(Cae desmayado en el sillón. Juana lo besa en la frente y va hacia la ventana)

Juana: *(Sale gritando hacia fuera)* Pedro, Antonio, José, señor Cura, Vengan todos para contarles la buena noticia...

(Unas caras de cartón empiezan a asomarse desde fuera a la ventana)

Anacleto: *(Volviendo del desmayo, busca su bolsa)*. Socorro, ¡al ladrón! Me han robado mis millones... millones... Maldita magia, maldita magia *(Se pega en la boca, y en la lengua)*. *(Entran Juana y Pedro)*

Juana: Don Anacletito, dígame a Pedro la verdad, no me quiere creer, dígame que es verdad.

Anacleto: Es verdad...

Juana: ¿Oíste, Pedro? *(A Anacleto)*. Pedro no me quería creer que usted es tan bueno que se dejó castigar, que hasta me pedía más golpes. Y para expiar faltas pasadas, me regaló todo su dinero. ¡Jesús, qué hombre tan

desprendido! *(Abraza a Anacleto que la mira atontado sin poder creer lo que le pasa)*. ¡Es un héroe, un santo, un mártir! Por favor repita, para que Pedro me crea, que lo que acabo de decir ¡es la pura verdad!

Anacleto: La pura verdad... *(Los mira como atontado, incapaz ya de reaccionar)*

Don Pedro: *(Sacude su mano y palmotea su espalda)* Pero, don Anacleto, ¡esto es un milagro!

(Anacleto empieza a sentirse conforme)

Anacleto: ¡Un milagro!

Juana: ¡Un héroe! ¡Es capaz de darlo todo!

Anacleto: ¡Todo!

Don Pedro: ¡Se merece una estatua en la Plaza!

Anacleto: ¿En la Plaza?

Juana: *(Enternecida)* Mírenlo, ¡qué modestia! ¡Cómo no! Una estatua en la Plaza del pueblo, y la inauguraremos con banda de música *(Alza la mano)*. ¡Será así tan alta!

Anacleto: ¿Tan alta?

Juana: Pero qué humilde... ¿Le parece demasiado?

Anacleto: Demasiado...

Don Pedro: Pero se lo merece, don Anacleto, porque ese dinero que usted nos regala lo repartiremos a los necesitados de este pueblo, haremos pavimentar las calles, pondremos luz eléctrica, construiremos escuelas, miles de cosas...

Anacleto: *(Empieza a sentir entusiasmo)*. ¡Miles de cosas!

Juana: ¡Y usted, pobrecito, se ha quedado sin nada!

Anacleto: *(Con tristeza)* Sin nada...

Don Pedro: Se equivoca, compadre: la Juana se lo fue a contar a todos en el pueblo y están haciendo una colecta para traerle cada día todo lo que



Departamento de Lengua y Literatura

necesite y de cuidar de usted como el héroe de este lugar... Es más ¡quieren nombrarlo Alcalde!

Anacleto: *(Ahora sin ocultar su felicidad)*. ¡Alcalde...!

Juana: ¿No oye? Ya están aclamándolo... asómese a la ventana.

Anacleto: A la ventana. *(Va a la ventana)*

Voces de afuera: ¡Viva don Anacleto! ¡Viva! ¡Queremos tener a don Anacleto de Alcalde! ¡Viva el benefactor del pueblo!

Anacleto: ¡Benefactor del pueblo!... *(Al público)*. Soy el hombre más popular... más popular de este pueblo, de este pueblo...

Don Pedro: Y bien, don Anacleto, vamos a ir a prepararlo todo para la fiesta de esta noche, una fiesta en su honor, donde Anacleto, para agradecer que lo haya dado todo para el pueblo. *(Sale seguido de Juana)*

Anacleto: *(Orgulloso, repite)*. ¡Todo para el pueblo! Ja, ja, ja... No tengo un centavo, pero me siento feliz... qué raro... raro. *(Toma el fono)* Juan Malulo!... Malulo... *(Un fogonazo, humo y aparece Juan Malulo)*. Líbrame de la magia, ya no la necesito, Necesito.

Juan Malulo: *(Al sacar Anacleto su lengua hace unos signos sobre ella repitiendo)* "Roñoni trifolati al crostino", magia desaparece... *(Ríe, contento)*. Ahora cuenta, parece que resultó. ¿Te fue bien?

Anacleto: ¡Espléndidamente!

Juan Malulo: ¿No lograron sacarte ni un centavo?

Anacleto: No tuvieron que sacarme nada, ¡les regalé todo el dinero! ¡Y me siento feliz!

Juan Malulo: *(Al público)* Diablos... parece que falló la magia. No debí experimentar con magias nuevas. *(A Anacleto)*. ¿Por culpa de la magia tuviste que regalar los millones? Perdona, te haré otra magia para que los recuperes...

Anacleto: No, gracias. No quiero recuperarlos. Me siento feliz sin ellos.

Juan Malulo: *(Al público)*. Qué extraño... Seguro que mi enemigo Juan Bueno, anduvo metido en esto...

Anacleto: Y ahora, gracias por la molestia, de todos modos, pero te puedes ir, porque estoy muy ocupado.

Juan Malulo: ¡Maldita Sea! *(Humo y desaparece)*

Mariquita: *(Entrando, cae de rodillas)*. ¡Perdón, don Anacleto! Lo juzgué mal. Ya me han contado la noticia y vengo a rogarle que acepte otra vez los servicios de su vieja Mariquita, ¡no le cobraré ni un cinco! ¿Me perdona?

Anacleto: *(Solemne)* Te perdono, hija. Anda a la cocina y trabaja.

Mariquita: Oiga, ahí afuera están haciendo cola...

Anacleto: ¿Quiénes?

Mariquita: El heladero, el barquillero, el manicero... y escuche *(Se oye la melodía de un organillero)*

Anacleto: ¿Qué quieren que hacen cola?

Mariquita: Quieren darle de todo, y gratuitamente, y para siempre...

Anacleto: ¡Vaya, vaya! Eso se pone cada vez mejor. Déjame solo que quiero reflexionar, y lleva un canasto para recibir la mercadería que me quieren regalar. *(Mariquita sale, Anacleto se pasea, hablando al público)*. ¿Qué les parece? Me nombrarán Alcalde, todos me aclaman, me traen regalos y prometen cuidar de mí... Y yo que pensé que la magia de Juan Malulo, era mala, como lo es él...y era ¡estupenda!

Una Voz: *(Llamando)* Anacleto... ¡Anacleto!

Anacleto: ¿Quién me llama?

La Voz: Soy yo, Juan Bueno.

Anacleto: ¿Dónde estás?

La Voz: A tu lado.

Anacleto: No te veo. ¿Me estará poniendo corto de vista?

La Voz: No puedes verme, porque soy invisible.

Anacleto: Pero dime dónde estás para mirar en esa dirección.

La Voz: Da lo mismo, estoy en todas partes...

Anacleto: Bueno, bueno, miro entonces a todas partes... *(Ríe, contento)*. Dime, Juan Bueno, ¿qué te parece lo que me ha sucedido gracias a la magia



Departamento de Lengua y Literatura

de Juan Malulo?

La Voz: Te equivocas. Yo velé para que la magia saliera al revés. No es por la magia que estás feliz.

Anacleto: ¿Cómo es eso? ¿No fue por la magia de Juan Malulo entonces?

La Voz: No, Anacleto, y aprende esto, la única magia es ésta “Quién más da, más recibe”

Anacleto: “El que más da, más recibe”. ¡Eso me huele a moraleja!

La Voz: ¡Es la moraleja de este cuento!

Anacleto: ¿Y llaman “moraleja” a la frasecita que se escribe al final de un más recibe!

Con una música alegre, bailan los personajes, cantando “quién más da más recibe”. Luego dicen todos en coro. ¡Fin! y saludan.

cuento?

La Voz: Así es, Anacleto.

Anacleto: Entonces, *(Al público)*. ¡Ya lo oyeron! Este el final, y me alegro porque tengo que ir a tomar helados, a comer maní, barquillos, y mote con huesillos... ¡Mariquita!

Mariquita: *(Entrando)* ¿Don Anacleto?

Anacleto: Vamos a la Plaza, nos están esperando. *(Al público)*. ¡Hasta la vista...! Niños, y personas mayores también, canten conmigo... “¡Quién más da, más recibe... quién más da

TELÓN

VERANEANDO EN ZAPALLAR.

EDUARDO VALENZUELA OLIVOS:
(1882-1948)

ACTO ÚNICO

La escena representa el patio de la casa de don Procopio Rabadilla. En primer término, a ambos lados, puertas que dan acceso a habitaciones interiores. Alegran el patio numerosas matas de zapallo, con sus frutos, destacándose visiblemente. Al levantar el telón, don Procopio está sentado leyendo atentamente el diario; doña Robustina examina unos figurines de modas, junto a una mesita de bambú. Hay varias sillas en amable desorden.

ESCENA PRIMERA

Procopio y Robustina.

Procopio: (leyendo un diario).- “Se encuentran veraneando en Zapallar el talentoso abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza. ¡Qué tal el parrafito!

Robustina: Procopio...no me saques de mis casillas. En lugar de agradecerme lo que hago por prestigiar nuestro nombre... por asegurar el porvenir de nuestras hijas...por darte brillo...

Procopio: Si...ya lo tengo en la tela de mis trajes.

Robustina:Intentas burlarte de mí... Procopio vulgar, hombre inútil.

Procopio: Mujer, no me insultes, si no quieres que...

Robustina: Infame. Abogado sin trabajo.

Procopio:(sin hacerle caso)...Veraneando en Zapallar...Afortunadamente no mentimos porque, este último patio de la casa ostenta unas hermosas matas de esa sabrosa legumbre.

Robustina: Claro. Muy justo. Muy natural. ¿Qué habrían dicho las amistades si hubieran sabido que nos quedábamos en Santiago?...

Procopio: Eres insoportable, mujer, con tus pretensiones ridículas. Tan bien que estaría yo a estas horas, dándome un paseo por las piscinas...

Robustina: Atisbando a las lolas... a las bañistas... Si te conozco, Procopio. Si sé que eres un eterno enamorado.

Procopio: Exageras, mujer. Lo que hay es que soy aficionado a la geometría, y estudio en el terreno las rectas, las curvas, los catetos y las hipotenusas...

Robustina: Pues, si quieres estudiar matemática, no tienes más que encerrarte en tu cuarto.

Procopio: ¡Ay, la suspirada libertad! Y se dice que las mujeres no mandan. Yo no sé qué más pretenden las señoras con sus teorías feministas.

Robustina: Nosotras somos las mártires del deber...

Procopio: Y nosotros los mártires para pagar las cuentas de la modista, del lechero y de todo... ¡Ah!, esta vida es horrible, desesperante. (En alta voz y paseándose a grandes pasos) ¡Cómo encontrar consuelo, cómo hallar una esperanza, en dónde buscar amparo a esta crítica situación...!

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Amparo, Consuelo y Esperanza

Amparo: (entrando) ¿Nos llamabas papá?

Consuelo: (entrando) Aquí estamos...

Esperanza: (entrando) ¿Qué deseas?

Procopio: (primero extrañado, y recordando después) Ah, de veras. Me olvidaba, hijas mías, que os llamáis Amparo, Consuelo y

Esperanza, aunque precisamente sois lo contrario de esos dulces nombres.

Amparo: ¿De qué conversabais?...

Robustina: ¿De qué ha de ser, hijas mías? De nuestra situación: de que tu padre no cesa de protestar por el encierro voluntario a que nos hemos sometido para guardar las apariencias.

Consuelo: Es una situación atroz...

Esperanza: Horrible.

Consuelo: (a don Procopio) ¿Cómo no lograste, papá, juntar dinero para salir a las playas?...

Procopio: Porque los juicios son pocos. Ya la gente no litiga como antes. Ya se está convenciendo de la verdad de que “más vale un mal arreglo que un buen pleito” Y porque finalmente todo os lo habéis gastado vosotras en trajes, zapatos, bailes, etc...

Amparo: (escandalizada) ¿Has oído, mamá?

Robustina: No le hagas caso. Por él ojalá salierais vosotras con trajes de percal, o sin trajes. Vuestro padre no sabe de lujo, ni de distinción (despreciativamente), Desciende de la familia de los Rabadilla... mientras que yo soy noble y de antigua estirpe... (con mucha dignidad y orgullo). Soy de los Ja-ra-mi-llos ... Entre mis antepasados se encuentran un general y un obispo. Sería pedir peras al olmo, pedirle a tu padre distinción, chic..., savoir faire ..., confort. No pertenecerá jamás a la élite...

Procopio: ¿Quieres traerme el diccionario, Amparo, para ir traduciendo lo que me dice tu madre?... Es una suerte que me insulte en francés, porque así no me entero inmediatamente...

ESCENA TERCERA.

Dichos y Luchito.

Luchito:(entrando) ¿Hay dificultades?

Procopio: Sí, hijo mío tu madre...

Robustina: Tu padre era el que...

Luchito: En fin, la paz se ha restablecido. Me alegro.

Procopio: ¿Estabas estudiando?

Luchito: Sí, papá. Inglés. Es difícil, pero ya me va gustando.

Procopio: Muy bien. Es un ramo útil. Sobre todo para entenderse con los gringos. Tú sabes que siempre andan como nubes por todas partes...

Robustina: ¿Y cómo andan los repasos de geografía?

Luchito: Te diré. De la geografía no me preocupo mucho, porque se está modificando constantemente.

Consuelo: (siguiendo la conversación que ha mantenido con sus hermanas en un grupo aparte; en primer término).- ¿Qué será de Carlos?...

Amparo: ¿Y de Ernesto?...

Robustina: No...No...

Todos: ¿Eh?...

Procopio: Pero, mujer, ¿qué pretendes?

Robustina: Nada, que no podemos salir.(Imperiosamente)...Que no sale nadie.

Procopio: Pero, ¿Estás loca, mujer?

Robustina: Nosotros no estamos aquí. Estamos en Zapallar, ¿entiendes? Si la casa se quema, nos quemaremos en ella.

Procopio: No me agrada la perspectiva...

Amparo: Pero, ¿qué hacemos?

Consuelo: Hay que pensar algo.

Esperanza: Yo me siento mal.

Luchito: Yo protesto.

Robustina: Chit...Ni una palabra. El ridículo sería espantoso. A ver, Luchito. Sube al observatorio. Ve si cunde el incendio.

Luchito: No. El humo disminuye. Parece que el fuego ha sido sofocado por los propios moradores.

Consuelo: ¡Gracias, Dios mío!

Procopio: Respiro.

Amparo: San Antonio Bendito ha hecho un milagro.

Esperanza: No. Ha sido San Expedito, santo que hace las cosas ligerito.

Amparo: Yo le hice una manda.

Esperanza: Y yo también.

Amparo: Yo un paquete de velas para su altar.

Esperanza: Y yo otro.

Amparo: Bueno, papito. Danos la plata para comprar las velas.

Procopio: Pero, entonces, ¿qué gracia tiene que ustedes hagan la manda?

Amparo: Es que nosotros ponemos la intención, pero tú pones la plata...

Procopio: Lo de siempre: yo soy el eterno pagador...Bueno, niñas. Ya se está oscureciendo y es conveniente que os dediquéis a hacer vuestras labores. (Se van Amparo, Consuelo y Esperanza.) (A Luchito): Tú, estudiante reprobado, a pesar tus libros. A ver cómo sales en marzo. (Se va Luchito.) (A su mujer): Tú querida Robustina, a zurcirme los calcetines. En estos tiempos no se pueden comprar nuevos... Y yo...me largo a la calle.

Robustina: ¿Eh?

Procopio: Claro, mujer. A comprar provisiones para el día de mañana.

Robustina: De veras. Me olvidaba. Bueno. Puedes salir, pero vuelves luego.

Procopio: ¡Ah, claro! Anda, tráeme el sombrero y el sobretodo.(Se va Robustina.)

ESCENA CUARTA
Procopio solo. Luego, Robustina.

Procopio: (solo) Al fin. Voy a respirar aire, a estar un rato en libertad, lejos de la férula de esta Reina del hogar. Compraré las provisiones de costumbre, las dejaré encargadas donde un amigo de confianza -en casa de Jerez-, en seguida iré a echar una modesta cana al aire y a beber unas copitas con unos buenos amigos que están veraneando como yo. Este Jerez es muy diablo. Anoche me facilitó para los efectos de esta aventura una barba postiza, con la cual podré andar tranquilo, sin que nadie me reconozca.(La saca del bolsillo y la examina.) Por cierto que no le he dicho ni una palabra a mi mujer de este disfraz. (Hace aspavientos y habla mientras oculta la barba en su bolsillo.)

Robustina:(entrando y sorprendiéndolo).- ¿Qué es eso?...¿Qué estás hablando solo? ¿Qué significan esos movimientos?

Procopio:Problemas, hija mía. Problemas...

Robustina:¡Ah!

Procopio: (después de ponerse el sobretodo y el sombrero).-Bueno, mujer. Hasta luego.

Robustina: No tardes, ¿eh?...Y mucha discreción.

Procopio: Pierde cuidado. Hasta luego, esposa mía. Robustina...

Robustina: Válgame, Dios. Lo que cuesta mantener el prestigio de nuestra posición social.

ESCENA QUINTA.
Robustina y Amparo.

Amparo:(entrando).-¿Y papá?...

Robustina: Salió ya, hija mía.

Amparo: ¡Qué contrariedad! Yo tenía que hacerle unos encargos y...

Robustina: Los dejas para mañana, entonces. No hay más remedio.

Amparo: ¡Qué rabia me da no poder salir a la calle; pasar al correo, ver si hay cartas!...

Robustina: ¿Carta de quién?

Amparo: De las amigas, naturalmente.(Aparte) Y si hay alguna del novio, tanto mejor ¿Qué será de Ernesto?...

Robustina: ¿Cómo Ernesto?... ¿No es tu novio Agameón?...

Amparo: No es: era.

Robustina: ¿Cómo así?...Explícate, porque yo francamente no me doy cuenta de estos cambios tan repentinos. Por lo demás eres poco expansiva con tu madre. ¿Quién es ese Ernesto?...¿Dónde lo conociste?...

Amparo: En casa de los Gómez. Tú sabes que todos los martes tienen sus reuniones. Pues...en una de ellas fui presentada a él. Simpatizamos en el acto... Es un mozo muy guapo, viste muy bien, está empleado en un ministerio. En fin, es un excelente partido. Yo no he querido decirte nada, porque no tenía seguridad de sus intenciones, ni si todo iba a reducirse a simples conversaciones, pero parece que Ernesto piensa seriamente.

Robustina: Me alegro mucho, hija mía. Pero Agameón...¿Qué irá a decir Agameón?...

Amparo: Nada. ¿Qué puede decir?... No me gusta ese hombre. No tiene dónde caerse muerto. Es muy antipático. Y luego el nombre que lleva, tanlargo y tan feo: A-ga-me-nón. Hágame el favor,mamá, de no hablarme más de él.

Robustina: Pero de todos modos, habría que darle alguna explicación.

Amparo: Ninguna, mamá. Porque has de saber también que a tu candidato Agamenón se le ha visto cortejando a la Rosa del Campo, a la Violeta del Valle, a la Hensia de los Ríos, a la Margarita Montes, a la...

Robustina (Interrumpiéndola): Basta, hija mía. Se ve que ese individuo no es un hombre: es un picaflor. Es un pájaro de cuentas. Has hecho bien en darle calabazas.

ESCENA SEXTA
Dichos, Consuelo y Esperanza.

Consuelo (entrando): No, si quien las ha dado ha sido él.

Robustina: ¿Cómo es eso?...¿Estabas escuchando? Eso es muy feo.

Esperanza (a Consuelo): Faltas a la verdad. He sido yo la que lo ha despedido. No soy como tú, que desesperas porque no encuentras un novio a tu gusto. A mí me sobran.

Consuelo (irónicamente): Las ganas.

Robustina: Pero, qué barbaridad. Parece que los sentimientos fraternales desaparecen al tratarse de estos asuntos. Esperanza: Es que son muy delicados.

Amparo: Bueno. Basta. Será como ustedes quieran. Pero es el hecho que yo seré la primera en contraer nupcias. Porque lo que eres tú (refiriéndose a Consuelo) no te fíes de tu cadetito. Consuelo.- ¿Te da envidia?...

Amparo: Lástima. Porque suponiendo que te fuera bien hasta la terminación de sus estudio -lo que sería un milagro-, cuando ingresara al ejército habría que pedir permiso para que se pudiera casar contigo. Son muchos trámites. Hay que gustarle los padres, a los hermanos, a los tíos, a todos los parientes, y todavía hay que gustarle al gobierno. Es terrible.

Robustina: Podías aprender de vuestra hermana menor. Tiene más sentido práctico.

Esperanza: Sí, mamá. Yo no deseo jóvenes arrogantes, guapos, o con vistosos uniformes. Prefiero un señor de edad.

Amparo: ¡Qué horror!

Consuelo: ¡Qué atrocidad!

Esperanza: Un señor de edad, pero con dinero, que me dé lujo, que me dé gusto en todos mis deseos, que me compre joyas, trajes y auto. No desespero encontrarlo.

Amparo: ¿Pero no te atrae el amor, la juventud, la simpatía que emanan de las miradas cariñosas, la emoción que experimentamos al ver de improviso al ser amado?...

Esperanza: Sí. Todo eso es muy lindo, muy encantador, muy poético. Pero no se encuentra fácilmente, y, sobre todo, a nuestro alcance, un novio que sea al mismo tiempo joven rico, e inteligente, y en la imposibilidad de encontrar las cosas al gusto de una, opto por lo práctico, por un señor de edad que tenga dinero.

Consuelo: Lo que desea ésta (señalando a Esperanza) es quedar viuda, joven y con plata. Un partido ventajoso, como dicen los hombres.

Robustina: Bueno. Basta de charlas, y a descansar. Está un poco fría la noche, y no conviene estar al sereno. Fácilmente se puede coger un resfrío. Consuelo.- Está bien mamá. Nos vamos. (se van todas a sus habitaciones.)

ESCENA SÉPTIMA.

Luchito, solo. (Saliendo en puntillas de su habitación, y con el sombrero en la mano, en actitud de salir.) -Nadie. No hay nadie afortunadamente. Lo que es yo me escurro con todo sigilo. Estoy harto de inglés, de matemáticas y de geografía... (Se va sin hacer ruido.)

ESCENA OCTAVA Amparo, sola.

Amparo: (Entrando pensativa.) -¿Qué será de Ernesto? La última vez que lo vi, fue a la salida de misa...(Se oye ruido en el patio de una de las casas vecinas.) (Alarmada): ¿Quién podrá ser si no hay nadie allí ahora? ¿Habrá entrado algún ladrón?...

ESCENA NOVENA. Amparo y Ernesto.

Ernesto (asomando arriba del tejado, por la casa vecina): Soy yo, Ernesto.

Amparo:Cielos, ¡qué placer! ¿Tú aquí?...Pero, ¿a qué se debe esta sorpresa? ¡Qué vergüenza me da al mismo tiempo!

Ernesto: Amor mío, “a Zapallar me dijiste que te ibas”, y a Zapallar fui. No estabas. Entonces dije: “Estará en otro Zapallar”... Y, efectivamente, aquí te veo.

Amparo: Pero, ¿cómo...cómo has sabido?

Ernesto:Por una casualidad. Verás. Rondaba frente a tu casa, imaginándome verte en los balcones, fresca como una rosa y encantadora como siempre, cuando con gran asombro mío veo salir sigilosamente a tu hermano Luis; ¡tate! me dije. Aquí hay gato encerrado. Y como tocó la coincidencia que la casa vecina estaba desocupada, aquí me tienes.

Amparo: Bueno, Ernesto; pero no vaya a verte alguien en esa postura, con lo cual nos comprometerías. Voy a abrirte la puerta de calle y conversaremos unos pocos minutos con más tranquilidad.

Ernesto (asustado): ¡Ay!

Amparo: ¿Qué es eso?

Ernesto: Que me parece que tiembla...

Amparo: De veras. Por Dios, bájate.

Ernesto:Hasta luego. (Ernesto desaparece tras el tejado).

ESCENA DÉCIMA Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo (entrando): Mamá...mamá. Está temblando...

Esperanza: ¡Dios mío, qué susto!

Consuelo: Amparo...

Esperanza: Lucho...

Consuelo: Salgamos a la calle.

Robustina: No. A la calle, no. Por nada del mundo.

Consuelo: Yo me siento mal.

Esperanza: Las piernas no me sostienen.

Amparo: Y parece que sigue todavía.

Consuelo: Con seguridad que va a venir otro remezón. Nunca viene uno solo.

Esperanza: Siempre me acuerdo del terremoto de...

Consuelo (asustadísima): ¿No lo decía?...Otra vez...y con un ruido infernal.

Amparo: Corramos a la calle.

Consuelo: Salgamos, sí. (Llamando.) Lucho...Lucho...

Esperanza: Parece que no está. ¿Habrá salido?

Robustina (imperativa): Bajad la voz, y estaos quietas. Aprended de vuestra madre... (Aparte), que tampoco las tiene todas consigo. ¿No veis?...Ya pasó. (Pequeña pausa.) ¡Ea! A recogeros, niñas, que ya es hora de entregarse al reposo. En cuanto a ese insubordinado de Lucho...mañana arreglaremos cuentas.

Consuelo: Cualquiera duerme tranquila.

Esperanza: Esta vida es insufrible.

Robustina: Basta de rezongos.

Consuelo: Cualquiera encuentra marido con esta situación.

Esperanza: Nadie quiere casarse...

Robustina: Paciencia, hijas mías. Consuelo.- Buenas noches, mamacita. Esperanza.- Que reposos bien.

Robustina: Lo mismo digo, hijitas. Hasta mañana. (Se van primero Consuelo, Amparo y Esperanza por distintas puertas; luego, Robustina.)

ESCENA UNDÉCIMA

Amparo, sola. (Saliendo de su cuarto y entrando a escena de puntillas.)

Amparo: El pobre Ernesto debe estar esperándome. Voy a abrirle la puerta y charlaremos un momento. En seguida vuelvo.

ESCENA DUODÉCIMA.

Amparo y Ernesto.

Amparo: Chit...Calladito. Que nadie se entere.

Ernesto: Nadie, alma de mi alma... (le declara cómicamente su amor)

Amparo: ¿Y cuentas ya con algo para nuestra boda?...

Ernesto: Cuento con la muerte de mi tío y padrino Sebastián, que, como no tiene familia y me profesa un cariño entrañable, me instituirá su único heredero.

Amparo: ¿Y tendremos que esperar que fallezca para ver realizados nuestros ideales?...¡Qué triste y fúnebre es eso!

Ernesto: La vida es así (filosóficamente). “De la muerte nace la vida, en una constante renovación...” que sería largo explicarte...porque los minutos son preciosos. ¿Me quieres mucho, verdad?

Amparo: ¿Y me lo preguntas, ingrato? Te amo locamente. Pienso en ti a todas horas. Sueño contigo casi todas las noches.

Ernesto: ¿Qué sueñas? Dime.

Amparo: Sueño que yo estoy toda vestida de blanco, tú de frac, correctísimo, y frente a nosotros...el sacerdote bendiciéndonos. Cincuenta automóviles lo menos, esperando afuera en la calle la salida de la concurrencia...

Ernesto: Yo sueño lo mismo, pero en una parroquia humilde. (Aparte) Así se gasta menos.

Amparo: ¡Qué ocurrencia! Y, ¿el qué dirán?

Robustina: (adentro) Auxilio... Amparo... Consuelo... Esperanza.

Amparo: Virgen santa. ¿Qué ocurrirá?... Escóndete aquí. En seguida saldrás. Yo te avisaré. ¿Qué pasará?...(Ernesto se oculta entre las plantas). ¡Ay, qué susto!

ESCENA DECIMOTERCERA.
Amparo, Consuelo, Esperanza y Robustina.

Consuelo (entrando) ¿Qué ocurre?

Esperanza (entrando): ¿Qué pasa? Robustina (entrando rápidamente, con bata y gorro de dormir, presa de un verdadero pánico).- Hijas mías... algo terrible... No puedo hablar...

Amparo: Pero, ¿qué sucede? Explícate, por favor.

Robustina: (con palabras entrecortadas) Sucede que hay ladrones...hay ladrones en la casa.

Consuelo: ¡Dios mío!

Esperanza: (asustadísima) Huyamos.

Robustina: (prosiguiendo su relato) Un bandido... barbudo y siniestro... quiso introducirse en mi dormitorio.

Amparo: ¡Qué horror!

Consuelo: Y, ¿dónde está?

Robustina: (desfallecida) No lo sé, hijas mías. No he tenido fuerzas sino para salir afuera para llamaros.

Esperanza: Llamemos a la policía.

Robustina: (sobreponiéndose a su propia turbación) No. Eso no. Sería para que el ridículo cayera sobre nosotras. Ustedes saben que no estamos aquí. ¿Entienden? Estamos en Zapallar, de manera que si nos roban, debemos dejarnos robar.

Amparo: Pero, mamá...

Consuelo: Debemos hacer algo.

Robustina: Si hubiera un hombre a quien acudir...

ESCENA DECIMOCUARTA.
Dichos y Ernesto.

Ernesto: (presentándose bruscamente, al oír las últimas palabras) A sus órdenes, señora.

Consuelo: ¡Uy!, el ladrón... (corre desesperada).

Esperanza: Huyamos. (Consuelo y Esperanza se van, dando gritos. Doña Robustina cae desmayada en un sillón. Ernesto no halla qué hacer. Amparo está toda confundida).

Ernesto: Pero, Amparo mía ¿qué ocurre?

Amparo:(sobresaltada) Ocorre que...hay ladrones en casa, y no hallamos cómo expulsarlos. Estamos solas. Toca la casualidad que Lucho y papá salieron. ¿Qué hacer?

Robustina: (volviendo en sí) ¿Se fue el ladrón ya?...

Ernesto: (respetuosamente) Señora...

Robustina: (cayendo nuevamente en el sillón) Por favor, no me mate usted.

Ernesto: No, señora. Si no pienso en matarla. Usted está equivocada. Yo soy Ernesto, que amo a su hija Amparo, y he venido aquí a salvar a usted y a los suyos de la audacia de los bandoleros.

Robustina: ¿Es verdad, hija mía?...

Amparo: Sí, mamacita. Es mi novio.

Robustina: ¡Oh, caballero! ¿Cómo le podremos pagar este favor? Busque usted al ladrón y échelo fuera...sin que se entere la policía, sin que se entere nadie.

Ernesto: Bien, señora. Acato sus órdenes. Voy a proceder a registro de las habitaciones. Mientras tanto, ocúltese usted con Amparo y no salga hasta que yo la llame.

Robustina: Bueno. (Aparte.) Estoy más muerta que viva. (Se van Amparo y Robustina.)

ESCENA DECIMOQUINTA.
Ernesto, solo.

Ernesto: Lo malo es que no traigo arma alguna. (Se registra los bolsillos.) ¿Y si el bandido lleva puñal?... (Pausa) ¡Ea!...ánimo...resolución. (Dirigiéndose a una puerta y retrocediendo.) Pero no. No me atrevo... ¡Qué falta me hace mi revólver! Hay que tener presente que está empeñado...mi amor propio, mi honor de caballero. Debo, pues, afrontar la situación. ¿Qué hacer? La verdad es que yo, al salir de casa, no me figuré el lío en que iba a meterme. Pero, por ella, estoy dispuesto a todo. Moriré por ella como un paladín de los tiempos heroicos. (Transición). El escándalo que voy a formar si el ladrón pretende atacarme, no va a ser para contarlo. La verdad es que tengo miedo de penetrar en las habitaciones. Yo preferiría esperarlo aquí, en el patio. Aquí hay más cancha, más campo para la lucha...y para huir en caso necesario. Pero no. Huir no. ¿Qué diría mi Amparo?... Debo mostrarme ante sus ojos como un valiente. Venga, pues, como revólver improvisado: la llave de mi casa. Con ella apuntaré al bandido, si se atreve a presentarse.

ESCENA DECIMOSEXTA.
Ernesto y Amparo.

Amparo: ¿Lo encontraste, Ernesto?

Ernesto: No. Todavía no; pero estoy buscándolo... Debe estar escondido, ¿sabes? Posiblemente me ha visto y ha dicho para sí: voy a tener que habérmelas con un hombre... “ésta no es conmigo”... Y se ha ocultado.

ESCENA DECIMOSÉPTIMA
Dichos y Robustina.

Robustina: (entrando) ¿Encontró usted al bandido ya?

Ernesto: Todavía no, señora, pero estoy buscándolo. Debe haberse escondido, posiblemente debajo de las camas, porque no se apuesto al alcance de mi vista.

Robustina: Búsquelo pronto, señor, para salir de esta situación angustiosa.

Amparo: Sí Ernesto mío, búscalos, pero no arriesgues tu vida. Tú sabes que ella me pertenece.

Ernesto: Voy, amada mía voy. (Con un gesto heroico.) Empiezo a registrar las habitaciones... (aparte) y empiezo a sentir un temblor de piernas que no puede sostenerme. (Entra por una puerta lateral.)

Amparo: Tranquilízate, mamá, por Dios. Ya ves. Ahora no estamos solas. Tenemos quién nos defienda. Y Ernesto es un valiente, no cabe duda.

Robustina: (asustada) Escóndete, hija mía. Escóndete.

Amparo: ¿Qué hay?...

Robustina: El bandido... ¿ves?... El bandido... el hombre barbudo (se refiere a Procopio, que entra pensativo a escena, sin verlas).

Amparo: (corriendo a ocultarse con su madre en el costurero) ¡Virgen santa!

ESCENA DECIMOCTAVA Procopio, solo.
Luego, Ernesto.

Procopio: (entrando; trae puesta la barba postiza, el cuello del sobretodo levantado, lleno de tierra; en una palabra, está inconocible. Viene bastante bebido.) Yo no sé qué le ha dado a mi mujer... por huir de mí. El hecho de que yo haya tomado unas copitas... no es motivo suficiente para que huya así. La verdad es que bebí mucho. Cosas de Jerez... que me retuvo en su casa más de lo que yo pensaba.

Ernesto: (entrando) ¡Caracoles!...aquí está el ladrón...(Dirigiéndose a Procopio.) ¡Miserable... (Apuntándole con la llave.) Salga usted afuera... o, de lo contrario, hago fuego...

Procopio: Pero, hombre, ¿quién es usted? ¿Por qué está aquí?...

Ernesto: Eso es lo que yo le pregunto a usted... so bandolero... Y no se acerque más...porque disparo...

Procopio: Habrase visto.

Ernesto: Salga de esta casa inmediatamente.

Procopio: (aparte) Pero... ¿estoy soñando?... ¿O me habré equivocado de casa?... Como veo medio turbio. Pero no. Por el zapallar la reconozco.

Ernesto: (aparte) Vacila, tal vez, entre fugarse o atacarme. ¿Irá a sacar sus armas?

Procopio: (bruscamente) Caballero..., tendrá usted que explicarme cómo se encuentra aquí.

Ernesto: (retrocediendo) No tengo que explicarle nada. Salga usted a la calle...

ESCENA DÉCIMONOVENA
Dichos, Consuelo, Esperanza y un carabinero. Luego, Amparo y Robustina.

Consuelo: (entrando) Por aquí...

Esperanza: (entrando) Pase usted.

Carabinero: (entrando) ¿Dónde está el ladrón?...

Procopio: (señalando a Ernesto) Ahí...

Ernesto: (señalando a Procopio) Este es...

Carabinero: ¿En qué quedamos? ¿A cuál me llevo preso?...

Consuelo: (en la duda) Llévese a los dos.

Amparo: (entrando) No. Eso no. Carabinero, el ladrón es ese hombre barbudo. ¿Verdad, mamá?

Robustina: (que ha entrado con Amparo) Sí, carabinero. Ese hombre es el que quiso introducirse en mi cuarto.

Procopio: Naturalmente.

Carabinero: Entonces hay circunstancias agravantes: robo nocturno, con premeditación y alevosía.

Procopio: (aparte) ¿Pero es que estoy soñando?...No, la culpa la tiene Jerez que me hizo tomar tanto.

Ernesto: Concluyamos.

Robustina: Sí, sáquelo usted fuera (aparte al carabinero) y déjelo en libertad. No queremos que se pase parte.

Carabinero: (aparte) Este es un lío.

Procopio: (a Robustina) Bueno. Dejémonos de bromas y vamos a acostarnos, hijita.

Robustina: ¿Otra vez?

Ernesto: Yo lo mato. (Apunta con la llave.)

Amparo: (interponiéndose) No. No lo mates. Por favor, Ernesto mío.

Procopio: ¡Ah! Con que “Ernesto mío” ¿eh? Muy bien, muy bien.

Robustina: (aparte) Esa voz...

Carabinero: Basta de escándalos. Vámonos para la comisaría. (Toma a Procopio de un brazo)

Ernesto: Sí. Eso es.

Procopio: Pero, Robustina, ¿permities que me lleven preso?...

Consuelo: (extrañada) Sabe su nombre...

Procopio: ¿No me conoces? Soy tu marido.

Robustina: (dudosa) ¿Procopio?... ¿Pero esa barba?

Procopio: De veras. No me la había quitado. (Se la quita.) Ha sido un olvido. Como tengo la cabeza trastornada...

Robustina: ¿Era postiza?

Procopio: (aparte a Robustina) Sí. Me la puse para que no me reconocieran; para guardar el incógnito, por obedecerte.

Ernesto: (aparte) ¿Cómo explicar?... (Queda pensativo.)

Procopio: (a Robustina) Y luego, hija mía, que la verdad se ha de decir: pesé a tomar unas copitas.

Robustina: ¿Y el susto que me has dado?

Procopio: Se pasará. Pasará. Como a mí también se me pasará...la borrachera.

Ernesto: (aparte a Amparo) ¿Y qué hago yo en esta situación?

Amparo: (aparte a Ernesto) Pedirle perdón, naturalmente, y en seguida pedirle mi mano. La ocasión la pintan calva.

Ernesto: (aparte para sí) No me queda otro recurso. (Arrodillándose.) Perdón, papá.

Procopio: ¿Cómo es eso de “perdón, papá”?

Ernesto: Sí, señor. Yo amo a su hija locamente. Yo deseo hacerla mi esposa, ante Dios y ante los hombres, con todos los requisitos legales.

Procopio: (indignadísimo) Sinvergüenza. ¿Y me quería asesinar y echarme a la calle? Carabinero, lléveselo preso. (El carabinero intenta llevarse a Ernesto.)

Amparo: (interponiéndose) No, eso no. Papacito lindo. Perdónalo. Si no nos perdonas...si no consientes en nuestra unión...moriremos...

Robustina: Perdónalos, Procopio... En lo que solicitan, llevan la penitencia.

Procopio: ¿Pero, usted cuenta con algo?...

Ernesto: Sí, señor, cuento con... Bueno le diré. Yo soy de familia rica y, aparte de esto, estoy ocupado en el ministerio. Luego me van a ascender, tengo personas influyentes que podrán conseguirme un puesto de importancia, con una renta apreciable, y nada nos faltará...

Procopio: Vaya vaya... Los perdonaré. ¡Qué hemos de hacerle! (Los abraza)

Carabinero: ¿De manera que no hay ladrones ni hay nada?...

TELÓN

Ernesto: Sí, los hay: (por Amparo) esta niña, que me ha robado el corazón.

Procopio: (refiriéndose a Robustina) Y esta mujer que me roba la libertad.

Carabinero: Bueno, dejarse de bromas, que no estoy para pláticas. Yo voy a pasar el parte...

Robustina: No. No. (A Procopio). Pásale algo para que no dé un escándalo. Es preciso que todos ignoren lo que ha ocurrido aquí.

Procopio: (al carabinero) Tome, joven... (le pasa dinero) para cigarros, y para un trago si a mano viene.

Carabinero: Se agradece. Buen dar con las cosas que pasan.

Robustina: Bueno. Adiós. Y mucho silencio.

ESCENA VIGÉSIMA.
Dichos, menos el carabinero.

Procopio: (dirigiéndose a Robustina) Y ahora, hija mía, convendrás conmigo en que así no se puede vivir...

Consuelo: Pasamos en constante zozobra.

Esperanza: En perpetua alarma.

Amparo: Incendio, temblores, ladrones... Es un martirio estar encerrada. Volvamos a Santiago mamá. Es decir, ya que estamos en él, volvamos “socialmente” por medio de los periódicos.

Robustina: Bueno. Ya está. ¡Qué ha de hacerse! Acepto. (A Consuelo.) Escribe, hija mía. (Consuelo se sienta a la mesa, toma un block y se dispone a escribir.) (Dictándole): “Han regresado de Zapallar el eminente abogado don Procopio Rabadilla, su distinguida esposa doña Robustina Jaramillo y sus encantadoras hijas Amparo, Consuelo y Esperanza.”

El Delantal Blanco

Sergio Vodanovic

La playa. Al fondo, una carpa. Frente a ella, sentadas a su sombra, LA SEÑORA y LA EMPLEADA. LA SEÑORA está en traje de baño y, sobre él, usa un blusón de toalla blanca que le cubre hasta las caderas. Su tez está tostada por un largo veraneo. LA EMPLEADA viste su uniforme blanco. LA SEÑORA es una mujer de treinta años, pelo claro, rostro atrayente aunque algo duro. LA EMPLEADA tiene veinte años, tez blanca, pelo negro, rostro plácido y agradable.

LA SEÑORA: *(Gritando hacia su pequeño hijo, a quien no ve y que se supone está a la orilla del mar, justamente, al borde del escenario.) ¡Alvarito! ¡Alvarito! ¡No le tire arena a la niñita! ¡Métase al agua! Está rica ... ¡Alvarito, no! ¡No le deshaga el castillo a la niñita! Juegue con ella ... Sí, mi hijito ... juegue.*

LA EMPLEADA: Es tan peleador ...

LA SEÑORA: Salió al padre... Es inútil corregirlo. Tiene una personalidad dominante que le viene de su padre, de su abuelo, de su abuela... ¡sobre todo de su abuela!

LA EMPLEADA: ¿Vendrá el caballero mañana?

LA SEÑORA: *(Se encoge de hombros con desgano)* ¡No sé! Ya estamos en marzo, todas mis amigas han regresado y Álvaro me tiene todavía aburriéndome en la playa. Él dice que quiere que el niño aproveche las vacaciones, pero para mí que es él quien está aprovechando. *(Se saca el blusón y se tiende a tomar sol)* ¡Sol! ¡Sol! Tres meses tomando sol. Estoy intoxicada de sol. *(Mirando inspeccionadamente a LA EMPLEADA.)* ¿Qué haces tú para no quemarte?

LA EMPLEADA: He salido tan poco de la casa...

LA SEÑORA: ¿Y qué querías? Viniste a trabajar, no a veranear. Estás recibiendo sueldo, ¿no?

LA EMPLEADA: Sí, señora. Yo sólo contestaba su pregunta...

LA SEÑORA permanece tendida recibiendo el Sol. LA EMPLEADA saca de una bolsa De género una revista de historietas fotografiadas y principia a leer.

LA SEÑORA: ¿Qué haces?

LA EMPLEADA: Leo esta revista.

LA SEÑORA: ¿La compraste tú?

LA EMPLEADA: Sí, señora.

LA SEÑORA: No se te paga tan mal, entonces, si puedes comprarte tus revistas, ¿eh?

LA EMPLEADA no contesta y vuelve a mirar la revista.

LA SEÑORA: ¡Claro! Tú leyendo y que Alvarito reviente, que se ahogue...

LA EMPLEADA: Pero si está jugando con la niñita ...

LA SEÑORA: Si te traje a la playa es para que vigilaras a Alvarito y no para que te pusieras a leer.

LA EMPLEADA deja la revista y se incorpora para ir donde está Alvarito.

LA SEÑORA: ¡No! Lo puedes vigilar desde aquí. Quédate a mi lado, pero observa al niño. ¿Sabes? Me gusta venir contigo a la playa.

LA EMPLEADA: ¿Por qué?

LA SEÑORA: Bueno... no sé... Será por lo mismo que me gusta venir en el auto, aunque la casa esté a dos cuadras. Me gusta que vean el auto. Todos los días, hay alguien que se para al lado de él y lo mira y comenta. No cualquiera tiene un auto como el de nosotros... Claro, tú no te das cuenta de la diferencia. Estás demasiado acostumbrada a lo bueno... Dime... ¿Cómo es tu casa?

LA EMPLEADA: Yo no tengo casa.

LA SEÑORA: No habrás nacido empleada, supongo. Tienes que haberte criado en alguna parte, debes haber tenido padres... ¿Eres del campo?

LA EMPLEADA: Sí.

LA SEÑORA: Y tuviste ganas de conocer la ciudad, ¿ah?

LA EMPLEADA: No. Me gustaba allá.

LA SEÑORA: ¿Por qué te viniste, entonces?

LA EMPLEADA: Tenía que trabajar.

LA SEÑORA: No me vengas con ese cuento. Conozco la vida de los inquilinos en el campo. Lo pasan bien. Les regalan una cuadra para que cultiven. Tienen alimentos gratis y hasta les sobra para vender. Algunos tienen hasta sus vaquitas... ¿Tus padres tenían vacas?

LA EMPLEADA: Sí, señora. Una.

LA SEÑORA: ¿Ves? ¿Qué más quieren? ¡Alvarito! ¡No se meta tan allá que puede venir una ola! ¿Qué edad tienes?

LA EMPLEADA: ¿Yo?

LA SEÑORA: A ti te estoy hablando. No estoy loca para hablar sola.

LA EMPLEADA: Ando en los veintiuno...

LA SEÑORA: ¡Veintiuno! A los veintiuno yo me casé. ¿No has pensado en casarte?

LA EMPLEADA baja la vista y no contesta.

LA SEÑORA: ¡Las cosas que se me ocurre preguntar! ¿Para qué querrías casarte? En la casa tienes de todo: comida, una buena pieza, delantales limpios... Y si te casaras... ¿Qué es lo que tendrías? Te llenarías de chiquillos, no más.

LA EMPLEADA: (Como para sí.) Me gustaría casarme...

LA SEÑORA: ¡Tonterías! Cosas que se te ocurren por leer historia de amor en las revistas baratas... Acuérdate de esto: Los príncipes azules ya no existen. No es el color lo que importa, sino el bolsillo. Cuando mis padres no me aceptaban un pololo porque no tenían plata. Yo me indignaba, pero llegó Álvaro con

sus industrias y sus fundos y no quedaron contentos hasta que lo casaron conmigo. A mí no me gustaba porque era gordo y tenía la costumbre de sorberse los mocos, pero después en el matrimonio, uno se acostumbra a todo. Y llega a la conclusión que todo da lo mismo, salvo la plata. Sin la plata no somos nada. Yo tengo plata, tú no tienes. Ésa es toda la diferencia entre nosotras. ¿No te parece?

LA EMPLEADA: Sí, pero...

LA SEÑORA: ¡Ah! Lo crees ¿eh? Pero es mentira. Hay algo que es más importante que la plata: la clase. Eso no se compra. Se tiene o no se tiene. Álvaro no tiene clase. Yo sí la tengo. Y podría vivir en una pocilga y todos se darían cuenta de que soy alguien. No una cualquiera. Alguien. Te das cuenta ¿verdad?

LA EMPLEADA: Sí, señora.

LA SEÑORA: A ver... Pásame esa revista. (*LA EMPLEADA lo hace. LA SEÑORA la hojea. Mira algo y lanza una carcajada.*) ¿Y esto lees tú?

LA EMPLEADA: Me entretengo, señora.

LA SEÑORA: ¡Qué ridículo! ¡Qué ridículo! Mira a este roto vestido de smoking. Cualquiera se da cuenta que está tan incómodo en él como un hipopótamo con faja... (*Vuelve a mirar en la revista.*) ¡Y es el conde de Lamarquina! ¡El conde de Lamarquina! A ver... ¿Qué es lo que dice el conde? (*Leyendo.*) “Hija mía, no permitiré jamás que te cases con Roberto. Él es un plebeyo. Recuerda que por nuestras venas corre sangre azul.” ¿Y ésta es la hija del conde?

LA EMPLEADA: Sí. Se llama María. Es una niña sencilla y buena. Está enamorada de Roberto, que es el jardinero del castillo. El conde no lo permite. Pero... ¿sabe? Yo creo que todo va a terminar bien. Porque en el número anterior Roberto le dijo a María que no había conocido a sus padres y cuando no se conoce a los padres, es seguro que ellos son gente rica y aristócrata que perdieron al niño de chico o lo secuestraron...

LA SEÑORA: ¡Y tú crees todo eso?

LA EMPLEADA: Es bonito, señora.

LA SEÑORA: ¿Qué es tan bonito?

LA EMPLEADA: Que lleguen a pasar cosas así. Que un día cualquiera, uno sepa que es otra persona, que en vez de ser pobre, se es rica; que

en vez de ser nadie se es alguien, así como dice Ud...

LA SEÑORA: Pero no te das cuenta que no puede ser... Mira a la hija... ¿Me has visto a mi alguna vez usando unos aros así? ¿Has visto a alguna de mis amigas con una cosa tan espantosa? ¿Y el peinado? Es detestable. ¿No te das cuenta que una mujer así no puede ser aristócrata?... ¿A ver? Sale fotografiado aquí el jardinero...

LA EMPLEADA: Sí. En los cuadros del final. (*Le muestra en la revista. LA SEÑORA ríe encantada.*)

LA SEÑORA: ¿Y éste crees tú que puede ser un hijo de aristócrata? ¿Con esa nariz? ¿Con ese pelo? Mira... Imagínate que mañana me raptan a Alvarito. ¿Crees tú que va a dejar por eso de tener su aire de distinción?

LA EMPLEADA: ¡Mire, señora! Alvarito le botó el castillo de arena a la niñita de una patada.

LA SEÑORA: ¿Ves? Tiene cuatro años y ya sabe lo que es mandar, lo que es no importarle los demás. Eso no se aprende. Viene en la sangre.

LA EMPLEADA: (*Incorporándose.*) Voy a ir a buscarlo.

LA SEÑORA: Déjalo. Se está divirtiendo.

LA EMPLEADA se desabrocha el primer botón de su delantal y hace un gesto en el que muestra estar acalorada.

LA SEÑORA: ¿Tienes calor?

LA EMPLEADA: El sol está picando fuerte.

LA SEÑORA: ¿No tienes traje de baño?

LA EMPLEADA: No.

LA SEÑORA: ¿No te has puesto nunca traje de baño?

LA EMPLEADA: ¡Ah, sí!

LA SEÑORA: ¿Cuándo?

LA EMPLEADA: Antes de emplearme. A veces, los domingos, hacíamos excursiones a la playa en el camión del tío de una amiga.

LA SEÑORA: ¿Y se bañaban?

LA EMPLEADA: En la playa grande de Cartagena. Arrendábamos trajes de baño y pasábamos todo el día en la playa. Llevábamos de comer y...

LA SEÑORA: (*Divertida.*) ¿Arrendaban trajes de baño?

LA EMPLEADA: Sí. Hay una señora que arrienda en la misma playa.

LA SEÑORA: Una vez con Álvaro, nos detuvimos en Cartagena a echar bencina al auto y miramos a la playa. ¡Era tan gracioso! ¡Y esos trajes de baño arrendados! Unos eran tan grandes que hacían bolsas por todos los lados y otros quedaban tan chicos que las mujeres andaban con el traste afuera. ¿De cuáles arrendabas tú? ¿De los grandes o de los chicos?

La EMPLEADA mira al suelo taimada.

LA SEÑORA: Debe ser curioso... Mirar el mundo desde un traje de baño arrendado o envuelta en un vestido barato... o con uniforme de empleada como el que usas tú... Algo parecido le debe suceder a esta gente que se fotografía para estas historietas: se ponen smoking o un traje de baile y debe ser diferente la forma como miran a los demás, como se sienten ellos mismos... Cuando yo me puse mi primer par de medias, el mundo entero cambió para mí. Los demás eran diferentes; yo era diferente y el único cambio efectivo era que tenía puesto un par de medias... Dime... ¿Cómo se ve el mundo cuando se está vestida con un delantal blanco?

LA EMPLEADA: (*Tímidamente.*) Igual... La arena tiene el mismo color... las nubes son iguales... Supongo.

LA SEÑORA: Pero no... Es diferente. Mira. Yo con este traje de baño, con este blusón de toalla, tendida sobre la arena, sé que estoy en “mi lugar,” que esto me pertenece... En cambio tú, vestida como empleada sabes que la playa no es tu lugar, que eres diferente... Y eso, eso te debe hacer ver todo distinto.

LA EMPLEADA: No sé.

LA SEÑORA: Mira. Se me ha ocurrido algo. Préstame tu delantal.

LA EMPLEADA: ¿Cómo?

LA SEÑORA: Préstame tu delantal.

LA EMPLEADA: Pero... ¿Para qué?

LA SEÑORA: Quiero ver cómo se ve el mundo, qué apariencia tiene la playa cuando se la ve encerrada en un delantal de empleada.

LA EMPLEADA: ¿Ahora?

LA SEÑORA: Sí, ahora.

LA EMPLEADA: Pero es que... No tengo un vestido debajo.

LA SEÑORA: *(Tirándole el blusón.)* Toma... Ponte esto.

LA EMPLEADA: Voy a quedar en calzones ...

LA SEÑORA: Es lo suficientemente largo como para cubrirte. Y en todo caso vas a mostrar menos que lo que mostrabas con los trajes de baño que arrendabas en Cartagena. *(Se levanta y obliga a levantarse a LA EMPLEADA.)* Ya. Métete en la carpa y cámbiate. *(Prácticamente obliga a LA EMPLEADA a entrar a la carpa y luego lanza al interior de ella el blusón de toalla. Se dirige al primer plano y le habla a su hijo.)*

LA SEÑORA: Alvarito, métase un poco al agua. Mójese las patitas siquiera... No sea tan de rulo... ¡Eso es! ¿Ves que es rica el agüita? *(Se vuelve hacia la carpa y habla hacia dentro de ella.)* ¿Estás lista? *(Entra a la carpa.)*

Después de un instante sale LA EMPLEADA vestida con el blusón de toalla. Se ha prendido el pelo hacia atrás y su aspecto ya difiere algo de la tímida muchacha que conocemos. Con delicadeza se tiende de bruces sobre la arena. Sale LA SEÑORA abotonándose aún su delantal blanco. Se va a sentar delante de LA EMPLEADA, pero vuelve un poco más atrás.

LA SEÑORA: No. Adelante no. Una empleada en la playa se sienta siempre un poco más atrás que su patrona. *(Se sienta sobre sus pantorrillas y mira, divertida, en todas direcciones.)*

LA EMPLEADA cambia de postura con displicencia. LA SEÑORA toma la revista de LA EMPLEADA y principia a leerla. Al principio, hay una sonrisa irónica en sus labios que desaparece luego al interesarse por la lectura. Al leer mueve los labios. LA EMPLEADA, con naturalidad, toma de la bolsa de playa de LA SEÑORA un frasco de aceite bronceador y principia a extenderlo con lentitud por sus piernas. LA SEÑORA la ve. Intenta una reacción reprobatoria, pero queda desconcertada.

LA SEÑORA: ¿Qué haces?

LA EMPLEADA no contesta. La SEÑORA opta por seguir la lectura. Vigilando de vez en vez con la vista lo que hace LA EMPLEADA. Ésta ahora se ha sentado y se mira detenidamente las uñas.

LA SEÑORA: ¿Por qué te miras las uñas?

LA EMPLEADA: Tengo que arreglármelas.

LA SEÑORA: Nunca te había visto antes mirarte las uñas.

LA EMPLEADA: No se me había ocurrido.

LA SEÑORA: Este delantal acalora.

LA EMPLEADA: Son los mejores y los más durables.

LA SEÑORA: Lo sé. Yo los compré.

LA EMPLEADA: Le queda bien.

LA SEÑORA: *(Divertida.)* Y tú no te ves nada de mal con esa tenida... *(Se ríe.)* Cualquiera se equivocaría. Más de un jovencito te podría hacer la corte... ¡Sería como para contarlos!

LA EMPLEADA: Alvarito se está metiendo muy adentro. Vaya a vigilarlo.

LA SEÑORA: *(Se levanta inmediatamente y se adelanta.)* ¡Alvarito! ¡Alvarito! No se vaya tan adentro... Puede venir una ola. *(Recapacita de pronto y se vuelve desconcertada hacia LA EMPLEADA.)* ¿Por qué no fuiste?

LA EMPLEADA: ¿Adónde?

LA SEÑORA: ¿Por qué me dijiste que yo fuera a vigilar a Alvarito?

LA EMPLEADA: *(Con naturalidad.)* Ud. lleva el delantal blanco.

LA SEÑORA: Te gusta el juego, ¿ah?

Una pelota de goma, impulsada por un niño que juega cerca, ha caído a los pies de LA EMPLEADA. Ella la mira y no hace ningún movimiento. Luego mira a LA SEÑORA. Ésta, instintivamente, se dirige a la pelota y la tira en la dirección en que vino. La EMPLEADA busca en la bolsa de playa de LA

SEÑORA y se pone sus anteojos para el sol.

LA SEÑORA: (*Molesta.*) ¿Quién te ha autorizado para que uses mis anteojos?

LA EMPLEADA: ¿Cómo se ve la playa vestida con un delantal blanco?

LA SEÑORA: Es gracioso. ¿Y tú? ¿Cómo ves la playa ahora?

LA EMPLEADA: Es gracioso.

LA SEÑORA: (*Molesta.*) ¿Dónde está la gracia?

LA EMPLEADA: En que no hay diferencia.

LA SEÑORA: ¿Cómo?

LA EMPLEADA: Ud. con el delantal blanco es la empleada, yo con este blusón y los anteojos oscuros soy la señora.

LA SEÑORA: ¿Cómo?... ¿Cómo te atreves a decir eso?

LA EMPLEADA: ¿Se habría molestado en recoger la pelota si no estuviese vestida de empleada?

LA SEÑORA: Estamos jugando.

LA EMPLEADA: ¿Cuándo?

LA SEÑORA: Ahora.

LA EMPLEADA: ¿Y antes?

LA SEÑORA: ¿Antes?

LA EMPLEADA: Sí. Cuando yo estaba vestida de empleada...

LA SEÑORA: Eso no es juego. Es la realidad.

LA EMPLEADA: ¿Por qué?

LA SEÑORA: Porque sí.

LA EMPLEADA: Un juego... un juego más largo... como el "Paco-ladrón".

A unos les corresponde ser "Pacos", a otros "ladrones."

LA SEÑORA: (*Indignada.*) ¡Ud. se está insolentando!

LA EMPLEADA: ¡No me grites! ¡La insolente eres tú!

LA SEÑORA: ¿Qué significa eso? ¿Ud. me está tuteando?

LA EMPLEADA: ¿Y acaso tú no me tratas de tú?

LA SEÑORA: ¿Yo?

LA EMPLEADA: Sí.

LA SEÑORA: ¡Basta ya! ¡Se acabó este juego!

LA EMPLEADA: ¡A mí me gusta!

LA SEÑORA: ¡Se acabó! (*Se acerca violentamente a LA EMPLEADA.*)

LA EMPLEADA: (*Firme.*) ¡Retírese!

LA SEÑORA se detiene sorprendida.

LA SEÑORA: ¿Te has vuelto loca?

LA EMPLEADA: ¡Me he vuelto señora!

LA SEÑORA: Te puedo despedir en cualquier momento.

LA EMPLEADA: (*Explota en grandes carcajadas, como si lo que hubiera oído fuera el chiste más gracioso que jamás ha escuchado.*)

LA SEÑORA: ¿Pero de qué te ríes?

LA EMPLEADA: (*Sin dejar de reír.*) ¡Es tan ridículo!

LA SEÑORA: ¿Qué? ¿Qué es tan ridículo?

LA EMPLEADA: Que me despida... ¡vestida así! ¿Dónde se ha visto a una empleada despedir a su patrona?

LA SEÑORA: ¡Sácate esos anteojos! ¡Sácate el blusón! ¡Son míos!

LA EMPLEADA: ¡Vaya a ver al niño!

LA SEÑORA: Se acabó el juego, te he dicho. O me devuelves mis cosas o te las saco.

LA EMPLEADA: ¡Cuidado! No estamos solas en la playa.

LA SEÑORA: ¡Y qué hay con eso? ¿Crees que por estar vestida con un uniforme blanco no van a reconocer quien es la empleada y quién la señora?

LA EMPLEADA: (*Serena.*) No me levante la voz.

LA SEÑORA exasperada se lanza sobre LA EMPLEADA y trata de sacarle el blusón a viva fuerza.

LA SEÑORA: (*Mientras forcejea*) ¡China! ¡Ya te voy a enseñar quién soy! ¿Qué te has creído? ¡Te voy a meter presa!

Un grupo de bañistas ha acudido a ver la riña. Dos JÓVENES, una MUCHACHA y un SEÑOR de edad madura y de apariencia muy distinguida. Antes que puedan intervenir la EMPLEADA ya ha dominado la situación manteniendo bien sujeta a LA SEÑORA contra la arena. Ésta

sigue gritando ad libitum expresiones como: “rota cochina”...”¿ya te la vas a ver con mi marido” ... “te voy a mandar presa”... “Esto es el colmo,” etc., etc.

UN JOVEN: ¿Qué sucede?

EL OTRO JOVEN: ¿Es un ataque?

LA JOVENCITA: Se volvió loca.

UN JOVEN: Puede que sea efecto de una insolación.

EL OTRO JOVEN: ¿Podemos ayudarla?

LA EMPLEADA: Sí. Por favor. Llévensela. Hay una posta por aquí cerca...

EL OTRO JOVEN: Yo soy estudiante de Medicina. Le pondremos una inyección para que se duerma por un buen tiempo.

LA SEÑORA: ¡Imbéciles! ¡Yo soy la patrona! Me llamo Patricia Hurtado, mi marido es Álvaro Jiménez, el político...

LA JOVENCITA: (*Riéndose.*) Cree ser la señora.

UN JOVEN: Está loca.

EL OTRO JOVEN: Un ataque de histeria.

UN JOVEN: Llémosla.

LA EMPLEADA: Yo no los acompaño... Tengo que cuidar a mi hijito... Está ahí, bañándose...

LA SEÑORA: ¡Es una mentirosa! ¡Nos cambiamos de vestido sólo por jugar! ¡Ni siquiera tiene traje de baño! ¡Debajo del blusón está en calzones! ¡Mírenla!

EL OTRO JOVEN: (*Haciéndole un gesto al JOVEN.*) ¡Vamos! Tú la tomas por los pies y yo por los brazos.

LA JOVENCITA: ¡Qué risa! ¡Dice que está en calzones! Los dos JÓVENES toman a LA SEÑORA y se la llevan, mientras ésta se resiste y sigue gritando.

LA SEÑORA: ¡Suéltlenme! ¡Yo no estoy loca! ¡Es ella! ¡Llamen a Alvarito! ¡Él me reconocerá!

Mutis de los dos JÓVENES llevando en peso a LA SEÑORA. LA EMPLEADA se tiende sobre la arena, como si nada hubiera sucedido, aprontándose

para un prolongado baño del sol.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: ¿Está Ud. bien, señora? ¿Puedo serle útil en algo?

LA EMPLEADA: (*Mira inspectivamente al SEÑOR DISTINGUIDO y sonríe con amabilidad.*) Gracias. Estoy bien.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: Es el símbolo de nuestro tiempo. Nadie parece darse cuenta, pero a cada rato, en cada momento sucede algo así.

LA EMPLEADA: ¿Qué?

EL CABALLEPO DISTINGUIDO: La subversión del orden establecido. Los viejos quieren ser jóvenes; los jóvenes quieren ser viejos; los pobres quieren ser ricos y los ricos quieren ser pobres. Sí, señora. Asómbrese Ud. También hay ricos que quieren ser pobres. ¿Mi nuera? Va todas tardes a tejer con mujeres de poblaciones callampas. ¡Y le gusta hacerlo! (*Transición.*) ¿Hace mucho tiempo que está con Ud.?

LA EMPLEADA: ¿Quién?

EL CABALLERO DISTINGUIDO: (*Haciendo un gesto hacia la dirección en que se llevaron a LA SEÑORA.*) Su empleada.

LA EMPLEADA: (*Dudando. Haciendo memoria.*) Poco más de un año.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: Y así le paga a usted. ¡Queriéndose pasar por una señora! ¡Como si no se reconociera a primera vista quién es quién! ¿Sabe Ud. por qué suceden estas cosas?

LA EMPLEADA: ¿Por qué?

EL CABALLEPO DISTINGUIDO: (*Con aire misterioso.*) El comunismo...

LA EMPLEADA: ¡Ah!

EL CABALLERO DISTINGUIDO: (*Tranquilizado.*) Pero no nos inquietemos. El orden está establecido. Al final, siempre el orden se establece... Es un hecho... Sobre eso no hay discusión...(*Transición.*) Ahora con permiso señora. Voy a hacer mi footing diario. Es muy conveniente a mi edad. Para la circulación ¿sabe? Y Ud. Quede tranquila. El sol es el mejor sedante. (*Ceremoniosamente.*) A sus órdenes, señora. (*Inicia el mutis. Se vuelve.*) Y no sea muy dura con su empleada, después que se haya

tranquilizado... Después de todo... Tal vez tengamos algo de culpa nosotros mismos... ¿Quién puede decirlo? (*El CABALLERO DISTINGUIDO hace mutis.*)

LA EMPLEADA cambia de posición. Se tiende de espaldas para recibir el sol en la cara. De pronto se acuerda de Alvarito. Mira hacia donde él está.)

LA EMPLEADA: ¡Alvarito! ¡Cuidado con sentarse en esa roca! Se puede hacer una nana en el pie... Eso es, corra por la arenita... Eso es, mi hijito... (*Y mientras LA EMPLEADA mira con ternura y delectación maternal cómo Alvarito juega a la orilla del mar se cierra lentamente el Telón.*)

TELÓN